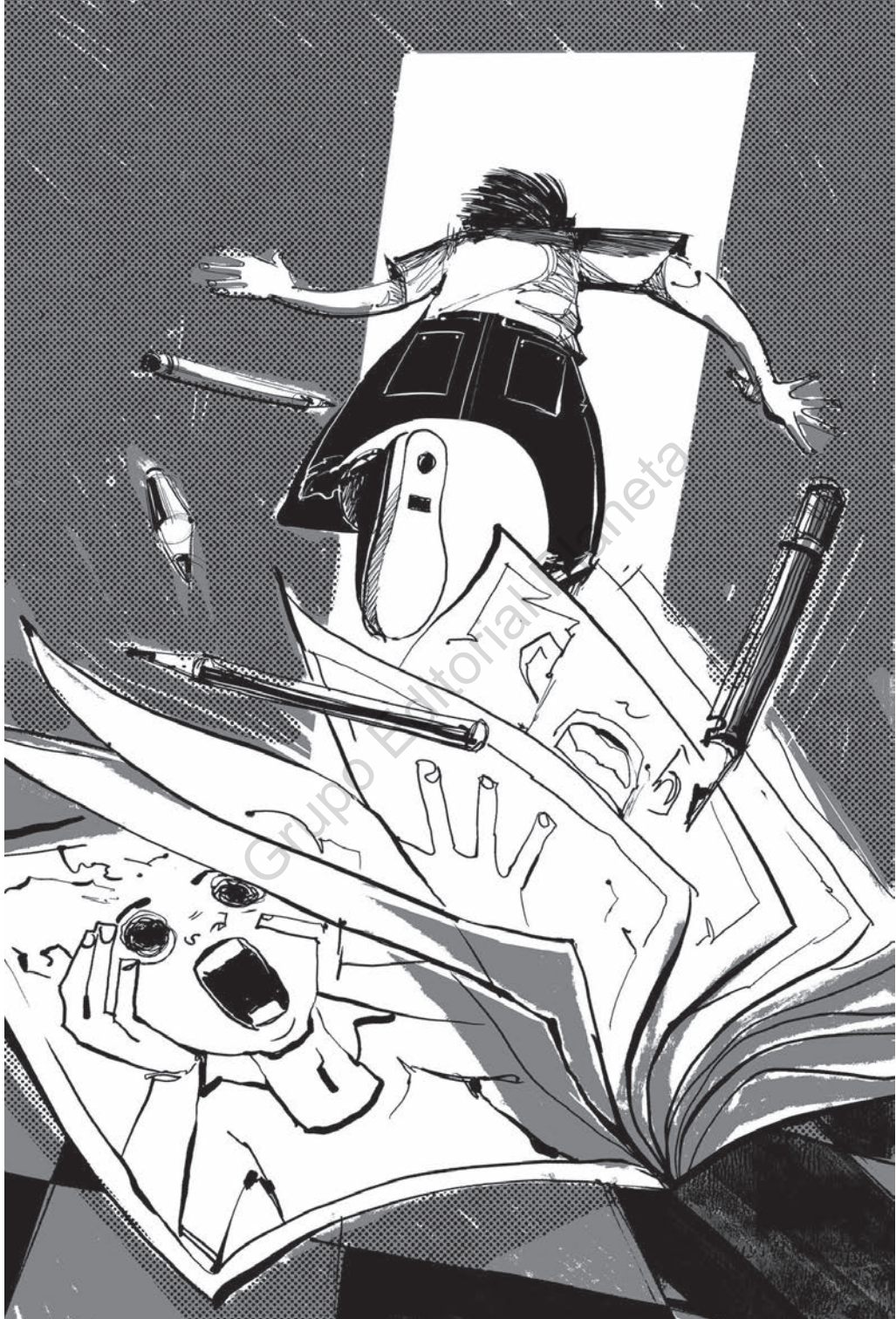


COLORES MALDITOS

«¡Qué suerte que tengo!», pensó Ezequiel, hojeando un libro para colorear que había encontrado tirado en la plaza mientras jugaba a la pelota con sus amigos. Recordó a su mamá diciéndole que no juntara basura de la calle. Sin embargo, el libro era nuevo, con muchos dibujos para pintar, así que Ezequiel no dudó en llevárselo a su casa y encerrarse en el cuarto para buscar sus marcadores.

Aunque a su mamá no le gustaba que se encerrara en el cuarto, si dejaba la puerta abierta su hermano menor se metía siempre en el medio cuando él estaba haciendo algo que le gustaba mucho o quería estar tranquilo.



Entre dibujos de autos, animales y paisajes, le llamó la atención un póster desplegable suelto en la mitad del libro con la imagen de un chico de pelo enrulado sin peinar. Sus ojos redondos como dos huevos fritos y la boca abierta con expresión de asombro hicieron que a Ezequiel se le erizara la piel como cuando se quedaba despierto hasta tarde viendo una peli de miedo. Un poder hipnótico lo atrajo hacia el dibujo, impidiéndole dejar de mirarlo.

Cuando tomó el marcador amarillo para comenzar a pintarle el pelo, sucedió algo extraño: un cosquilleo intenso le recorrió la cabeza, pero Ezequiel no le dio importancia y continuó pintando. Mientras le coloreaba los ojos de rojo recibió otra señal: se le nubló la vista por un instante. Siguió con la cara, la ropa, hasta que al pintarle los brazos notó que sus propios brazos se ponían blancos. El color de su piel... ¡había desaparecido! Aturdido, corrió hacia el espejo llevado por un presentimiento horrible.

—¡¡Ahhhhhgggg!! —gritó espantado al ver lo que vio.

Ahí estaba él, blanco por completo, mirándose con los ojos redondos como dos huevos fritos y la boca abierta con expresión de asombro. Su pelo, su cara, sus brazos, su ropa, todo era blanco, parecía que el dibujo le había absorbido cada color de su cuerpo. No supo qué hacer, ni siquiera pudo

pensar en nada porque su mente también estaba en blanco.

Ezequiel se sintió débil. Al mirarse de costado descubrió que su cuerpo era ahora más delgado que un papel y, en medio de su horror, observó algo detrás, moviéndose, algo que le resultaba tenebrosamente familiar. Creyó que sus nervios lo estaban traicionando, que lo hacían ver cosas raras, hasta que lo descubrió reflejándose en el espejo: ¡era el chico del dibujo!

Paralizado por el miedo no pudo evitar que el chico se le acercara. Dio dos vueltas a su alrededor, caminando en círculos, a paso lento, con una sonrisa en la boca. De pronto el miedo cesó, Ezequiel ya no sentía nada. Luego el chico lo miró directo a los ojos, lo tomó de los hombros y, tras plegarlo en cuatro igual que a un póster, lo metió adentro del libro para colorear. Ezequiel gritaba pero ya nadie podía oírlo: el chico había arrojado el libro por la ventana.

...

«¡Qué suerte que tengo!», pensó Javier mientras hojeaba un libro para colorear que acababa de encontrar tirado en la calle. El libro era nuevo, con muchos dibujos para pintar, así que no dudó un instante y se lo llevó a su casa...